

# Michel Foucault y el poder más allá de lo prohibido. Cuerpos y poblaciones<sup>1</sup>

Sebastián Puente

Presentar a Foucault en el marco de la teoría sociológica tiene la dificultad de que su obra no se deja apresarse fácilmente dentro del marco de la disciplina. No porque haya creado conceptos nuevos, pues esto es propio de cualquier autor que haya dejado alguna marca en la historia del pensamiento, sino porque los problemas que se plantea no se organizan en torno de las preguntas “clásicas” que han delimitado el campo. De hecho, una parte de esos problemas no toman a las ciencias sociales como marco teórico, sino como objeto de análisis. Ya veremos por qué.

Aunque su obra dista de ser una continuidad lineal, hay una pregunta que no abandonó en ninguna de sus diferentes etapas: la pregunta por la verdad<sup>2</sup>. ¿Bajo qué *condiciones* se instituyen los conocimientos que son considerados verdaderos, se establecen los criterios que distinguen lo verdadero de lo falso, y surgen los objetos mismos de conocimiento? En este sentido, Foucault nunca dejó de ser un filósofo. Pero al mismo tiempo fue un filósofo original, que siempre inscribió esa pregunta en una perspectiva radicalmente histórica: esas *condiciones* no son universales, sino siempre históricas y sociales, pertenecen y caracterizan a una época y la distinguen de otras. Estas condiciones determinan lo que una época es capaz de percibir y de enunciar, y que es imperceptible y no enunciable en otra. Con esta pregunta de filósofo, esa perspectiva histórica, y un método de historiador, Foucault analizaba actas, reglamentos, obras arquitectónicas y registros institucionales, obras pictóricas o literarias, tratados filosóficos o de moral, manuales de procedimientos, textos científicos o de divulgación, para reconstruir cómo cambiaban las condiciones de visibilidad y de enunciación en una época dada, dando nacimiento a nuevas áreas de conocimiento y haciendo aparecer objetos de conocimiento hasta entonces inexistentes.

¿Pero por qué mutan, de una época a otra, las condiciones de lo que es visible y de lo que es enunciable? Cuando Foucault se enfrenta a esta pregunta, comenzará una nueva etapa en su obra. La hipótesis general que guiará toda esta nueva serie de investigaciones es que si de un momento histórico a otro surgen nuevas zonas de conocimiento, nuevos objetos visibles y enunciables según nuevos criterios de veracidad, es porque lo que cambia a lo largo de la historia son las estrategias de poder. Las *condiciones* de lo que es visible y enunciable, lo que condiciona lo que una época puede percibir y afirmar, son las relaciones de poder que la atraviesan.

Pero desarrollar y sostener esta hipótesis, que hacía del poder la condición para la aparición de nuevos espacios de percepción y de enunciación, obligaba a Foucault a polemizar con una “vieja” manera de entender el poder, a elaborar nuevas formas de historizarlo y de pensar su relación con el conocimiento. En este artículo nos enfocaremos en este aspecto de su obra, pues es el que tuvo -y tiene- más impacto en las ciencias sociales en general, y en la sociología en particular.

---

1 Este texto fue elaborado para la materia Sociología del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, cátedra Marisa Iacobellis.

2 Si no rupturas, la obra de Foucault presenta al menos giros bruscos. Canónicamente suele dividirse en tres etapas. Una primera etapa “arqueológica”, centrada sobre el análisis de lo que llama “formaciones discursivas”, que comienza con *Historia de la locura en la época clásica* de 1961. Una segunda etapa “genealógica”, en la cual el foco está puesto sobre las mutaciones en el ejercicio del poder, que comienza con *Vigilar y castigar* de 1975. Nuestra atención estará puesta sobre esta segunda etapa porque es la que tuvo un mayor impacto sobre la sociología. Y una última etapa “ética”, que se plasma a partir del Tomo II de *Historia de la sexualidad* y está centrada en una historia de la subjetividad. Para una interpretación posible de cada etapa y de las encerronas que motivan estos saltos, ver Deleuze, Gilles; *Curso sobre Foucault*, tomos I, II, III, Cactus, Bs. As., 2013, 2014, 2015 respectivamente.

## Una “vieja” concepción del poder

Las largas luchas de poder que dieron nacimiento a los Estados absolutistas en Europa tuvieron como estrategia principal la construcción de un poder jurídico moderno y centralizado en contra de los poderes feudales regionales, fundados en la tradición y la costumbre: se trataba de conseguir que el monarca obtuviera el poder monopólico de crear leyes y hacerlas cumplir en un territorio. Como parte de esta estrategia, los juristas medievales crearon una noción absolutamente nueva en ese entonces: la de “soberanía”, la facultad de hacer las leyes. Y buscaron justificar o legitimar el hecho de que el monarca sea el depositario de la soberanía, es decir del poder de hacer las leyes.

Cuando en el siglo XVIII las burguesías europeas en ascenso busquen minar el poder de los monarcas, sus estrategias de lucha tendrán otra vez como foco a ese poder jurídico: buscarán ponerle límites al poder absoluto del monarca mediante constituciones y sistemas de gobierno, o directamente arrancarle ese poder de hacer leyes. Esta vez, los filósofos políticos -como Locke o Rousseau- intentarán justificar por qué el depositario de la soberanía, del poder de hacer leyes y hacerlas cumplir, debe ser el Pueblo y no el Rey.

Podríamos ir más allá de estos dos ciclos de luchas que señala Foucault en “Las redes del poder”<sup>3</sup>, e indicar que el ciclo de luchas que marcó el siglo XX a nivel mundial, el de los movimientos y partidos socialistas y comunistas, también tuvo como foco al poder jurídico. Sea por vía electoral y reformista o por vía revolucionaria, la estrategia de la toma del poder del Estado tenía por objetivo arrebatarle a la burguesía el aparato represivo de policías, ejército, cárceles, tribunales que le dan el poder de sostener el sistema jurídico que sostiene y rige a las sociedades capitalistas.

Esta centralidad que tuvo el poder jurídico para todas las luchas políticas en Occidente es lo que explica, según Foucault, que hayamos terminado por identificar toda forma de poder con el modelo de la soberanía: creemos que el poder consiste en la capacidad de imponer reglas y sancionar a quien no las cumple. Esta manera de pensar el poder no es tan “vieja” entonces, aunque su origen sea lejano: no sólo aparece en las filosofías jurídicas o las teorías políticas, sino que se ha extendido también a las ciencias humanas y, obviamente, ya forma parte de nuestro sentido común. Cuando pensamos en el poder que tiene una maestra dentro de un aula, un jefe en el trabajo, los gobernantes sobre los gobernados, o incluso la sociedad sobre los individuos, lo asociamos inmediatamente con la capacidad de imponer reglas y castigar su incumplimiento.

Foucault nos propone que abandonemos esta manera de pensar el poder para poder analizarlo históricamente de otro modo.

## Una nueva analítica del poder

El interés de Foucault está puesto en el análisis histórico del poder y sus transformaciones. Por eso en los textos en los que se propuso pasar en limpio las premisas de sus investigaciones, siempre fue muy cauto: aclaró una y mil veces que no pretendía construir una filosofía o una teoría general del poder, sino proponer “precauciones de método”, “postulados metodológicos”, o “indicadores de elecciones”<sup>4</sup>. Su apuesta es que, si dejamos de mirar la historia del poder bajo el modelo de la soberanía, si cambiamos nuestra perspectiva y nuestros focos de atención, descubriremos procesos y

---

3 Estos argumentos pueden encontrarse en Foucault, Michel; “Las redes de poder”, revista *Fahrenheit 450*, Bs. As., n°1, 1986.

4 Cf. respectivamente Foucault, M.: *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992, “Curso del 14/1/76”; *Historia de la sexualidad I*, “Método”, Siglo XXI, Bs. As., 2002; y *Seguridad, territorio, población*, FCE, Bs. As., 2006, “Clase del 11/1/78”.

aspectos del poder que quedaban invisibilizados y que son fundamentales en nuestras sociedades contemporáneas, en particular las relaciones entre el poder y las ciencias humanas. Por eso Foucault siempre presenta estas “indicaciones metodológicas” como postulados polémicos, que se oponen punto por punto a la perspectiva basada en la representación jurídica del poder. Repasémoslos.

### ***Posesión o relación de fuerzas***

Cuando pensamos el poder bajo el modelo jurídico, lo pensamos como una facultad o una capacidad (de imponer reglas y sanciones) que deriva de una serie de recursos que una persona o un grupo posee. Lo pensamos como una posesión, algo que puede tenerse, perderse, delegarse, tomarse. En definitiva, casi como si fuera una cosa. Foucault nos propone pensarlo en cambio como una relación, y más precisamente, como una relación de fuerzas, y más precisamente aún, de fuerzas desiguales. ¿Por qué “relación de fuerzas”? Porque en las relaciones de poder las acciones de unas personas producen efectos sobre las acciones de otras. En este sentido, las acciones son fuerzas, y las relaciones de poder son relaciones entre acciones<sup>5</sup>. Cuando las acciones de unos condicionan a las acciones de otros de manera desigual, estamos ante una relación de poder.

### ***Localización o ubicuidad***

Esta primera indicación nos permite pasar a la segunda: si el poder es el nombre que le damos a estas relaciones de fuerzas, el poder constituye una red que atraviesa todo el campo social, no está localizado en un determinado espacio, es ubicuo. En cambio, cuando pensamos el poder bajo el modelo jurídico, tendemos a ubicarlo en un espacio privilegiado, el espacio de la soberanía, donde se deciden las reglas y las sanciones (sea cual sea el ámbito: un gobierno, si pensamos en un país; un organismo internacional, si pensamos en el mundo; o las autoridades de una Facultad, una escuela o un hospital). Foucault nos invita, dice, a pensar el poder allí donde las acciones de unas personas condicionan de manera directa y material las acciones de otras: en los lugares de trabajo, en las familias, en las aulas, en los barrios, en los hospitales, etc. Es una invitación a pensar las estrategias concretas a través de las cuales unas personas condicionan las acciones de otras.

### ***Unicidad o multiplicidad***

En tercer lugar, pensar el poder a partir de una red de focos dispersos en distintos espacios sociales nos impide partir de la idea de que la sociedad estaría regida por un único Poder, por lo tanto por un único Sujeto (el Rey, el Estado, la Burguesía, o cual fuera) y un único Objetivo. Hay poderes diversos, con sujetos diversos, y que persiguen objetivos diversos. Los objetivos de un gerente de empresa no coinciden con los de una directora de escuela, ni con los de los padres que mandan a sus hijos a la escuela. Por supuesto que estos objetivos heterogéneos pueden articularse -y de hecho, lo hacen- en estrategias más generales: por ejemplo, si un Ministerio de educación identifica la “salida laboral” como un problema, es probable que busque articular las demandas de los gerentes de empresa con los objetivos pedagógicos de las escuelas. Pero aún así, la actividad de enseñanza con niños y los aspectos y las dificultades que implica sigue siendo distinta de la actividad de dirigir empleados, y no comprenderíamos nada de las estrategias y los cambios de

---

5 Cfr. Foucault, M; “El sujeto y el poder”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, n° 3. (Jul. - Sep., 1988).

estrategias en las escuelas si supusiéramos que su objetivo, o su objetivo último, consiste en extraer plusvalía de la fuerza de trabajo. A esto se refiere Foucault cuando postula que el análisis del poder debe ir “desde abajo hacia arriba”.

### ***La Gran Rebelión o las microresistencias***

En cuarto lugar, ¿cómo pensar la relación entre el poder y la resistencia al poder? Cuando pensamos el poder según el modelo jurídico, identificamos la resistencia con los momentos en los cuales el poder desaparece o, siendo más precisos, cesa en sus efectos: pensamos que las personas se resisten al poder cuando dejan de creer en la legitimidad de las reglas que se les imponen o cuando dejan de tener miedo a las sanciones represivas que implica romper las reglas. Y ponemos nuestra atención, entonces, en los momentos en los que se producen grandes rebeliones o revoluciones. Pero cuando pensamos el poder como una relación entre acciones, entre fuerzas, la resistencia es un polo permanente de las relaciones de poder, es justamente una de esas fuerzas. Las personas siempre tienen capacidad de actuar, y justamente por eso es necesario condicionar sus acciones si se quiere dirigir las hacia determinados objetivos. Si las estrategias de poder existen, es justamente porque las acciones de las personas no se adecúan automáticamente o naturalmente a los objetivos del poder. En este sentido es que “se resisten”. Las acciones de los empleados que trabajan a un ritmo que no es el esperado por la empresa, del alumno que se distrae en clase, o de quienes abandonan la secundaria y engrosan la estadística de “deserción escolar”, se resisten a los objetivos de ciertos poderes, aunque no lo hagan de un modo consciente ni organizado, e incluso si sus acciones no responden a ninguna motivación rebelde. Foucault nos invita a pensar que la resistencia al poder no es solamente un momento especial y temporalmente delimitado en el que el poder cesa en sus efectos, es un polo constante de toda relación de poder. En este sentido es que postula que “donde hay poder, hay resistencia”<sup>6</sup>. Otra vez, siempre es posible que estas pequeñas resistencias no buscadas ni organizadas terminen articulándose en resistencias más generales. Pero el interés de Foucault está en el hecho de que las mutaciones en las estrategias de poder no siempre responden a las grandes rebeliones o revoluciones, sino mucho más frecuentemente a estas resistencias microfísicas.

### ***Discursos legitimantes o saberes estratégicos***

El último punto es clave para comprender cómo se articulan estos problemas, en apariencia ligados solamente al poder, con el problema de la verdad que mencionábamos al principio, y con la hipótesis de que el surgimiento de nuevas regiones de conocimiento articuladas en torno de nuevos objetos visibles y nuevos enunciados veraces responden a mutaciones en las estrategias de poder.

El poder pensado según un modelo jurídico, como poder de hacer leyes y castigar, está intrínsecamente ligado al problema de su legitimidad. Es lo que señala Weber, por ejemplo, cuando afirma que toda dominación va acompañada, en general, por la pretensión de ser legítima. Cuando el poder consiste en dar órdenes, en imponer reglas que deben ser cumplidas obligatoriamente - “mandatos” que deben ser “obedecidos”, dice Weber- necesita creencias o valores que justifiquen o expliquen el hecho de que algunos tengan ese poder de dar órdenes y otros no. Cuando pensamos el poder jurídicamente, entonces, buscamos identificar también las ideas, las representaciones, las

---

6 Una frase que da a malos entendidos y contrasentidos si se la interpreta en un sentido causal: “donde hay poder, como consecuencia surge la resistencia”.

creencias, los valores que lo legitiman. Esta es la función teórica que cumple en la tradición marxista, por ejemplo, el concepto de “ideología”.

Foucault nos propone, otra vez, cambiar el foco de atención. En lugar de ocuparnos de los grandes discursos filosóficos y morales que legitiman los poderes de tipo jurídico, poner la mirada sobre los saberes prácticos, discretos, inmediatos, que se producen y acompañan siempre a esas relaciones de poder que atraviesan todo el campo social y se ejercen en cada relación social. Son los saberes que se producen en el ejercicio mismo del poder, que son inmanentes a él, y que lo acompañan necesariamente: saberes sobre las conductas de las personas, sobre lo que las causa, sobre lo que las evita, sobre lo que puede volverlas peligrosas, o más útiles, o más productivas. Por supuesto que no constituyen en principio grandes sistemas coherentes, pero estos conocimientos locales, prácticos, que nacen pegados a objetivos específicos, crean zonas de reflexión y de registro, delimitan objetos de saber que serán la condición, el suelo, el sustrato geológico oculto sobre el cual emergen y se asientan las ciencias humanas en general y las ciencias sociales en particular.

Que existe una relación entre ciencias y poder no es ningún descubrimiento que pueda atribuírsele a Foucault. ¿Pero qué tipo de relación? Comúnmente solemos pensar que el poder promueve o promueve cierto tipo de investigaciones que son útiles a sus objetivos. Podemos pensar también que a veces el poder utiliza el discurso científico -tanto como el religioso o el moral- para obtener legitimidad, como prueba fácilmente el caso del darwinismo social. En cualquiera de estos casos existe una relación entre poder y conocimiento científico, pero es una relación externa, entre dos realidades separadas, que se distinguen por principio, aunque puedan luego relacionarse: el conocimiento científico responde a reglas y prácticas propias que permiten demostrar una verdad, independientemente del uso que el poder pueda hacer después de esa verdad.

Apuntando a esos saberes que se producen en el ejercicio mismo del poder y que crean áreas de conocimientos y objetos de saber, Foucault nos invita a pensar que entre poder y conocimiento hay una relación inmanente, íntima, porque todo conocimiento -lo sepa o no- se cultiva y crece sobre el suelo de las *condiciones* de visibilidad y de enunciación que crean las relaciones y las estrategias de poder.

## **Nuevas estrategias de poder y saber**

¿Hacia qué punto convergen estos cinco postulados metodológicos? ¿Qué pretende visibilizar esta nueva analítica del poder, sobre qué quiere que pongamos nuestra mirada? Si debemos prestar atención a las acciones concretas que condicionan otras acciones en los diversos ámbitos específicos donde se ejercen, con sus diversos objetivos y resistencias específicas, produciendo saberes prácticos y localizados, es porque Foucault quiere que prestemos atención al cómo del poder, a la manera en la que se ejerce, a las técnicas que utiliza. Si el poder consiste por definición en que las acciones de unos logran dirigir las conductas de otros, ¿de qué manera lo hacen, ¿cómo lo logran? Foucault prepara nuestra mirada para lo que le interesa: distinguir “modalidades de ejercicio del poder”, o “tecnologías de poder”, o “estrategias del poder” -todas expresiones que ponen énfasis en aspectos diferentes, pero que podemos tomar como equivalentes-

A partir de sus estudios sobre los cambios históricos en el tratamiento y los saberes sobre la locura y la criminalidad, la medicina, la sexualidad, más adelante sobre la demografía, el tratamiento de las enfermedades y la economía política, Foucault va elaborando poco a poco la hipótesis de que en nuestras sociedades modernas han surgido dos modalidades de ejercicio del poder que ya no responden a la estrategia jurídica, y que de hecho se han vuelto mucho más fundamentales que el poder jurídico. Si no podemos verlas y analizarlas, no comprenderemos gran

parte de lo que sucede en nuestras sociedades, o lo comprenderemos de manera incompleta. Es por esta razón que Foucault nos invita a abandonar el modelo jurídico y construye ese andamiaje metodológico para sostener una nueva mirada que ponga la atención sobre otros aspectos y plantee nuevas preguntas.

¿Cuáles son estas estrategias, en qué consisten, y por qué se diferencian del poder de tipo jurídico?

### ***La estrategia jurídica y los discursos legitimantes***

Como dijimos, el poder siempre consiste, por definición, en que las acciones de unos consiguen dirigir las conductas de otros. ¿En qué consiste la estrategia jurídica para condicionar las conductas de las personas? Consiste en prohibir determinadas conductas. Las leyes o reglas establecen lo que los individuos no deben hacer. En este sentido es que Foucault repite en varias ocasiones que el poder jurídico es “negativo”: actúa sobre las personas estableciendo lo que no se debe hacer, prohibiendo. La estrategia jurídica separa entonces las conductas entre las que están prohibidas y las que están permitidas, que son las conductas a las que las personas “tienen derecho”. Las personas son consideradas portadoras de derechos, siempre y cuando respeten las prohibiciones. Si no lo hacen, son castigadas, y esto significa justamente que se les restringen o se les quitan sus derechos, mediante multas, sanciones, encarcelamiento, y llegado el caso la muerte.

Ya dijimos que los poderes de tipo jurídico van acompañados por discursos que los legitiman explicándolos, justificándolos, o presentándolos de un modo deformado, ocultando algunos de sus aspectos.

### ***La estrategia disciplinaria y los saberes del comportamiento***

Tomemos ahora un caso al que Foucault se ha referido en varias ocasiones. Tomemos la estrategia que utiliza un maestro en una escuela moderna. A primera vista, y si pensáramos todo poder siguiendo el modelo jurídico, podríamos decir que el maestro es el “soberano” del aula: efectivamente fija reglas y castiga al que no las cumple. Pero esto, dice Foucault, es absolutamente secundario. La escuela va mucho más allá de prohibir, se propone crear y desarrollar en cada alumno una serie de capacidades, habilidades y destrezas, como la capacidad de permanecer sentado y atento por más tiempo, o el gusto por la lectura, o la capacidad de adaptarse a pautas de convivencia, la de escribir textos de determinado tipo, el desarrollo del pensamiento lógico, etc., etc., etc. ¿Cómo serían los cuerpos de los niños antes de que existiera la escuela moderna? Seguramente sus aptitudes, lo que sus cuerpos podían hacer, las acciones de las que eran capaces, eran muy diferentes. La creación y el desarrollo de habilidades en la escuela no son azarosos, sino que responden a un modelo ideal de alumno que debe alcanzarse en un bimestre, en un año, y en 7 años de escolaridad -los famosos “objetivos”-. Este modelo ideal es lo que Foucault llama la “norma”. Por eso el sistema de calificaciones es una parte central de la estrategia escolar: establece en qué medida un alumno, en determinada área de sus habilidades, se acerca o se aleja de la norma ideal. El objetivo es la “normación”, dice Foucault, la adecuación del cuerpo y el comportamiento a una norma prefijada. Esto supone una vigilancia permanente del desempeño de cada uno mediante el análisis -en su sentido etimológico: disolver, descomponer por completo- de la conducta, como se ve en los “boletines”: habilidades lingüísticas, habilidades lógico-matemáticas, destrezas físicas, sociabilidad, etc.

Este tipo de estrategia de poder, cuyo caso casi puro podemos encontrar en la escuela, es lo que Foucault llama “disciplina” o “anátomo-política”. Es una estrategia que parte del supuesto de que los cuerpos son “dóciles”, dice Foucault, es decir que si se vigila, se evalúa y se analiza a cada individuo por separado, los cuerpos individuales pueden moldearse, modificarse, corregirse para que se adecúen en sus capacidades, sus destrezas, sus deseos o gustos, a una norma ideal.

Pero la escuela es solo un caso. Surgiendo en ámbitos distintos y con objetivos distintos, las estrategias de poder disciplinario atraviesan todo el campo social. Vigilancia, análisis de la conducta individual, modelación de los cuerpos, son técnicas que podemos encontrar en las instituciones médicas, psiquiátricas, en el ejército, en el deporte... Y también, por supuesto y fundamentalmente, en los lugares de trabajo, donde la utilidad y la productividad de los cuerpos es un objetivo central. Los protocolos sobre los modos de trabajar, la evaluación analítica de los procesos de trabajo, el control sobre los ritmos del trabajo con el fin de incrementar la eficiencia o la productividad no son un invento de los actuales *call-center*, son una preocupación desde que el trabajo se ha dividido y la fuerza de trabajo se ha concentrado en talleres y grandes fábricas (como atestigua el famoso *Principles of scientific management* escrito por F. W. Taylor en 1911).

Ahora bien, en cada ámbito y según cada objetivo, las estrategias disciplinarias de vigilancia y análisis van acompañadas necesariamente por la elaboración de un cúmulo de observaciones y registros, de producción de saberes prácticos y elaboración de técnicas para condicionar los cuerpos y los comportamientos, que se convierten entonces en objetos de reflexión que hasta el momento no existían. Este es entonces el fondo oscuro, el sustrato oculto, la condición histórica de la aparición de conocimientos como la “didáctica”, la “pedagogía” o las “ciencias de la educación”, si nos referimos al ámbito educativo. Pero otro tanto podríamos decir de áreas de conocimiento como las “relaciones de trabajo” o los “recursos humanos”, ciertas áreas de la “sociología laboral” o de la “administración de empresas”, si nos refiriéramos al taller o la oficina. De la “psicología criminal”, si tratáramos con el sistema penal y las prisiones. De la “psiquiatría”, si nos situáramos en el surgimiento de los manicomios. O mucho más actual, de las “neurociencias”, que ilustran de un modo particularmente evidente hasta dónde puede llegar la descomposición anatómica del cuerpo vinculada siempre a prácticas de intervención -farmacológica, en este caso- y de ejercitación -cada vez más evidente en la literatura popular del tipo: ¿cómo entrenar a tu cerebro?-.

### ***La estrategia biopolítica y los saberes poblacionales***

Avancemos sobre la tercera estrategia de poder, pero tomemos un caso que nos mantenga en el ámbito de la educación, para que el contraste con las disciplinas sea más evidente. Durante los últimos años se produjo un debate en nuestro país en torno de la implementación de los exámenes PISA<sup>7</sup>, evaluaciones que se toman de manera estandarizada a nivel mundial a estudiantes de 15 años. El hecho de que los exámenes sean anónimos nos indica ya que el objetivo de esta técnica no es individualizar a cada estudiante, como sucedía con las disciplinas. El hecho de que sean evaluaciones estandarizadas y aplicadas a estudiantes de la misma edad en todo el mundo responde a que tengan validez estadística, esto es, que permitan comparar el desempeño educativo de distintas poblaciones. ¿Con qué objetivo? Las evaluaciones PISA son impulsadas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) desde el año 2000. Si se leen los documentos de la OCDE para América Latina, se encuentra que una de sus mayores

---

7 Por sus siglas en inglés: *Programme for International Student Assessment* (Programa para la evaluación internacional de estudiantes). Tomamos este caso porque nos permite ver que las estrategias de poder pueden incluso exceder las fronteras del Estado nacional, pero los exámenes estandarizados son una técnica que se está aplicando también a niveles distritales.

preocupaciones es “la baja productividad de la mano de obra” en el continente respecto de los “países avanzados” (medida en PBI por trabajador). Según los documentos de OCDE, una de sus causas fundamentales es la deficiencia de los sistemas educativos de la región<sup>8</sup>. A modo de confirmación, muestran estadísticas sobre el porcentaje de empresarios que señalan como una limitación la formación inadecuada de la mano de obra que contratan. Las medidas que propone la OCDE, garantizar la cobertura del sistema educativo, la cantidad de días de clase por año, la extensión de la jornada, la actualización de los contenidos eliminando áreas consideradas “obsoletas”, la capacitación docente en nuevas tecnologías, la integración del sistema educativo con el mercado laboral -mediante pasantías en empresas, por ejemplo-, se convierten entonces en otras tantas maneras indirectas de influir sobre la productividad de la mano de obra.

Aunque seguimos en el ámbito de la educación, y tenemos como núcleo un sistema de exámenes, se ve claramente que la estrategia para condicionar las acciones de las personas es muy distinta de la disciplinaria. Ya no se busca influir sobre la capacidad de un individuo, sino de una población -en nuestro ejemplo, sobre la capacidad productiva-. La estrategia ya no pasa por analizar a cada individuo en particular y prescribir una serie de ejercicios, gestos, pautas para moldear su conducta, sino en modificar el ambiente -en nuestro caso, el ambiente institucional, y en particular el educativo-. Tampoco existe, como en las disciplinas, una norma ideal establecida de antemano, sino que la normalidad es puramente estadística, se establece por comparación con otras poblaciones, y por tanto es relativa: un determinado desempeño educativo o una cierta productividad se considera “normal” solamente para determinado grupo de poblaciones que comparten determinadas características y condiciones (hay una productividad o un desempeño educativo “normal” para Latinoamérica que no es igual para los “países avanzados” o para África subsahariana).

A este tipo de estrategia de poder Foucault le da el nombre de “biopolítica” o “biopoder”. Las estrategias biopolíticas buscan dirigir “la vida de las poblaciones”, entendida como un conjunto complejo de procesos variables que mantienen relaciones causales independientes de la voluntad de los individuos. Se considera que los comportamientos poblacionales no pueden eliminarse o crearse a voluntad, pero sí se puede regularlos -reducirlos, aumentarlos, desviarlos, etc.- introduciendo incentivos, inhibiciones o modificaciones en el ambiente. Las estrategias biopolíticas no aspiran a que el comportamiento de las poblaciones se adecúe a un modelo ideal preexistente, sino a regular los procesos para que alcancen un equilibrio “óptimo” según el criterio de la normalidad estadística y los objetivos buscados.

Como sucedía con las disciplinas, la biopolítica no es privativa de algún ámbito social específico. “La vida de las poblaciones” incluye infinidad de procesos sobre los cuales se puede influir para obtener un equilibrio “óptimo” en función de ciertos objetivos. El incentivo o la inhibición de los flujos migratorios que pueden incidir sobre los niveles de ocupación o los niveles salariales, las tasas de mortalidad o natalidad que pueden afectar los equilibrios económicos entre población activa y pasiva, los consumos o hábitos que aumentan el riesgo de enfermedades o accidentes que tienen a su vez costos sociales y económicos, los tipos de urbanización que pueden afectar las tasas de delito en determinadas zonas, los tipos de organización sindical o social que pueden influir sobre la frecuencia y la forma de las protestas, son sólo algunos de los aspectos de la vida de las poblaciones en los cuales se puede intervenir. La biopolítica implica el “descubrimiento” de que se puede dirigir las conductas o afectar las capacidades de las personas en conjunto y de manera indirecta, introduciendo modificaciones en el “ambiente” en el que viven -sea social, institucional, económico, urbanístico, etc.-.

---

<sup>8</sup> Cfr. por ejemplo “Impulsando la productividad y el crecimiento inclusivo en Latinoamérica” y “Fomentando un crecimiento inclusivo de la productividad en América Latina”, en <http://www.oecd.org/latin-america>.



¿Y qué decir de los saberes poblacionales? Podríamos decir de un modo un tanto burdo, aunque ilustrativo, que Durkheim no podría haber escrito *El suicidio* sin los registros demográficos que ya proveían diferentes organismos de la época. De un modo más preciso, que el higienismo, la medicina social, la urbanística, la criminología social, la ciencia política, algunas corrientes de la economía política<sup>9</sup> y de la propia sociología, entre muchas otras áreas del conocimiento científico, suponen como condición histórica que la vida de las poblaciones se haya convertido en un objeto de saber y de registro como parte de las estrategias biopolíticas.

Estas estrategias son muy distintas entre sí, pero aparecen además en momentos históricos distintos y provienen originalmente de diferentes ámbitos: el poder soberano surge en torno de la construcción de los sistemas jurídicos absolutistas a fines de la Edad media, las disciplinas pueden rastrearse en los ejércitos, las escuelas o los talleres ya a fines del siglo XVII, las biopolíticas se originan en la segunda mitad del siglo XVIII en torno de la demografía y las endemias y se expanden durante el siglo XIX en torno de los sistemas de “seguridad social”<sup>10</sup>. Pero Foucault aclara que no debemos pensarlas como etapas históricas sucesivas en las cuales la aparición de una supone la desaparición de la otra. Lo cual es evidente: basta ver la vigencia que tiene el sistema jurídico en nuestras sociedades para entender que el poder soberano no ha desaparecido. Las estrategias coexisten, se yuxtaponen e imbrican. Pero no en pie de igualdad, se subordinan entre sí, alguna domina a las otras e incorpora sus técnicas a sus propios mecanismos. Por ejemplo, la técnica del encierro como castigo frente a un acto ilegal puede ser incorporada a una estrategia que tiene por objeto corregir y rehabilitar a los delincuentes para que se vuelvan útiles y productivos (es la hipótesis de *Vigilar y Castigar* para explicar cómo la prisión se vuelve la forma generalizada y casi exclusiva de castigar). La historia de la incorporación de los llamados “derechos sociales” a la legislación muestra cómo el sistema jurídico se convierte en una pieza para la regulación de las condiciones de vida de la población. Por último, en nuestro ejemplo de las evaluaciones PISA vimos cómo la técnica del examen, típicamente disciplinaria, se incorpora a cálculos poblacionales, y cómo las reformas del sistema educativo pueden responder a estrategias biopolíticas que subordinan a los objetivos disciplinarios que, de todos modos, siguen vigentes dentro del aula.

El siguiente cuadro organiza la comparación de algunos aspectos de las modalidades de ejercicio del poder que hemos visto.

---

9 No casualmente el curso titulado *Nacimiento de la biopolítica* de 1979 se convierte en una historia del neoliberalismo alemán y norteamericano. Foucault nos propone no leer estas corrientes del pensamiento económico como “ideologías”, poniendo atención a lo que ocultan o deforman de la realidad, sino poniendo atención a sus objetivos estratégicos. A diferencia del liberalismo clásico, que apunta a limitar el poder jurídico del soberano, los neoliberalismos apuntan a que el Estado cree y fomente activamente la existencia de mercados competitivos (no solo económicos, sino educativos, sanitarios, etc.) que obliguen a las personas a ser “racionales” y “eficientes” en sus decisiones, incluso en sus decisiones puramente privadas. Cf. Foucault, M.; *Nacimiento de la biopolítica*, FCE, Bs. As., 2010.

10 Cf. Foucault, M; “Del poder de soberanía al poder sobre la vida”, en *Genealogía del racismo*, Altamira, Bs. As., 1996. Págs. 195-198.

	<b>Soberanía/poder jurídico</b>	<b>Anátomo-política/poder disciplinario</b>	<b>Bipolítica/biopoder</b>
<b>Sujeto de aplicación</b>	Sujetos de derecho	“Cuerpos dóciles” (moldeables y productivos)	Población
<b>Tipo de intervención</b>	Prohibición/sanción	Prescripción (de pautas, ejercicios, gestos) / Normación	Regulación (de procesos poblacionales) / Normalización
<b>Binomio</b>	Prohibido/permitido	Normal/anormal. Primacía de la norma (modelo ideal prefijado), a partir de la cual se deduce lo normal.	Normal/anormal. Primacía de la normalidad estadística, a partir de lo cual se deduce la norma.
<b>Discursos correlativos</b>	Discursos legitimantes	Saberes del comportamiento individual	Saberes de los procesos poblacionales

## **El rol de los intelectuales y las luchas sociales contemporáneas**

A primera vista, y considerada desde un punto de vista político, la obra de Foucault podría ser acusada de pesimismo, incluso de cinismo, y hasta de conservadurismo. Todas críticas que, en efecto, se le han hecho. Si el poder es omnipresente, si se encuentra en cualquier relación entre personas donde existan fuerzas desiguales, entonces se vuelve imposible pensar el proyecto de una sociedad sin poder o sin poderosos, una sociedad de iguales. Foucault parecía estar destruyendo la imagen utópica que había motorizado todas las luchas progresistas y revolucionarias desde los inicios de la modernidad.

Pero esa “primera vista” pertenece todavía a una perspectiva moldeada sobre el poder pensado como soberanía. Si el poder de tipo jurídico plantea necesariamente el problema de su legitimidad, de lo que justifica que algunos manden y otros obedezcan, el papel del intelectual crítico consistiría entonces en denunciar o hacer visible el carácter ilegítimo, injusto, inmoral del poder, y elaborar otros criterios de legitimidad o de justicia para una sociedad futura.

Pero justamente, desde los inicios de la modernidad, lo vimos, se han desarrollado y extendido nuevas formas de poder. Y correlativamente, desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy, el panorama de las luchas sociales también ha mutado. Las luchas feministas que cuestionan el poder de los hombres, las construcciones de género y la violencia doméstica, las luchas estudiantiles que cuestionan las jerarquías en las instituciones educativas y los métodos de enseñanza, los movimientos antipsiquiátricos y de desmanicomialización, las luchas ambientalistas, las luchas barriales en torno de los usos del espacio urbano, o las vecinales contra la violencia policial, las revueltas inmigrantes en algunos centros urbanos, los movimientos por la tierra o la vivienda, las luchas de las llamadas “minorías sexuales”, son solo algunos ejemplos de una lista que podríamos prolongar. Estas nuevas formas de resistencia están indicando, visibilizando, como si fueran un “reactivo químico”<sup>11</sup>, la presencia de esos poderes que ya no se limitan a prohibir actos ilegales y quitar derechos, sino que analizan y moldean los cuerpos y sus capacidades, modelan conductas, vigilan y delimitan los espacios, su uso y la circulación dentro de ellos, regulan comportamientos y

11 La fórmula pertenece a Sandro Chignola, *Foucault más allá de Foucault. Un política de la filosofía*, Cactus, Bs. As., 2018, p. 240.

los ambientes en los que habitamos, un poder que más que poner límites “desde afuera”, organiza “desde adentro” los modos de vivir. Y estas resistencias no se enfrentan solamente a discursos religiosos, jurídicos o filosóficos sobre la legitimidad del poder soberano, su justicia o injusticia, se enfrentan cuerpo a cuerpo con saberes económicos, laborales, pedagógicos, médicos, biológicos, psiquiátricos, sociológicos, urbanísticos, higienistas, etc., etc., etc.

Foucault piensa su rol de intelectual y sus investigaciones en esta intersección entre nuevos poderes que producen y se afirman en saberes estratégicos y nuevas resistencias. De cara a las ciencias, se piensa como un “arqueólogo” que desentierra, saca a la luz y remueve las capas geológicas, los sedimentos, el fondo enterrado sobre el cual se constituyen las verdades científicas, la historia de las prácticas que sedimentaron en zonas de conocimiento y crearon nuevos objetos de saber al compás de las mutaciones de las estrategias de poder. De cara a los movimientos sociales de resistencia, no concebía sus investigaciones como un sistema filosófico, sino como una “caja de herramientas”<sup>12</sup>, como un instrumento, una herramienta, “una pinza” o “un destornillador” para que las luchas puedan identificar por dónde pasan las relaciones de fuerzas actuales para interrumpirlas o invertirlas, y para cortocircuitar y subvertir los efectos de verdad que proponen ciertos saberes. Entre esas dos caras, como decíamos al principio, siempre el problema de la verdad. El problema político de la verdad. O más bien de unas verdades, que ya no son solamente las verdades morales, filosóficas, religiosas, jurídicas, que le dan fundamento al poder soberano y sus prohibiciones, sino las verdades sobre nuestros cuerpos y poblaciones que, según Foucault, marcan el paso de las estrategias de poder y de resistencia en las sociedades capitalistas contemporáneas.

---

12 Cf. por ejemplo *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Ed., Madrid, 1985, p. 85.